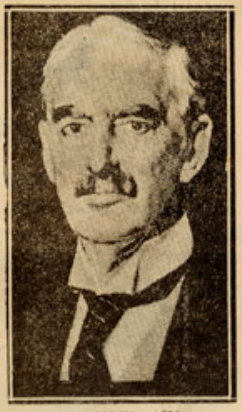
Escribe CARLOS ESPLÁ

Corresponsal Permanente de CORDOBA, en Paris

A Churchill se Debe en Gran Parte la Firme Unión de Inglaterra con Francia

PARIS, agosto. — (Por avión). Winston Churchill ha visitado con honores y atenciones de personaje oficial las fortificaciones francesas de la frontera alemana. Ha sido huésped del general Gamelin, que descansa unos días en Los Vosgos, y ha tenido como acompañantes a los generales George y Frère y a otros jefes del Estado Mayor central. Esta excursión ofrecida por Francia a uno de los más ardientes defensores de la alianza franco-inglesa, no es solamente un homenaje al amigo de los momentos difíciles, sinó que adquiere en estos instantes una gran significación política. Los frecuentes contactos entre elementos oficiales franceses e ingleses, la colaboración permanente de ciertos servicios militares de ambos países, se completa con la visita a Francia que, a título privado, pero indudablemente con el estímulo y la aprobación de su gobierno, ha realizado el ilustre personaje.

Winston Churchill, en la política británica, ha sido un francófilo consecuente, invariable. Su francofilia se explica por su posición imperialista, lo que dejó de ser paradógico desde 1914.



CHAMBERLAIN

* * *

Churchill, además, es francófilo por clarividencia. Lo fué ya en el seno del gabinete Asquith, cuando preparó la marina inglesa para la guerra, que él creía próxima, y abogó desde el primer momento por la entrada de Inglaterra en la guerra al lado de Francia. La evolución política de la mayor parte de los gobernantes ingleses que trataron de «cortar en la paz la alza» que la victoria había dado a Francia no hizo variar la posición de este empedernido francófilo.

La corriente germanófila, que arrastró a tantos compatriotas suyos en la post-guerra, no logró mover a Churchill. La germanofilia británica obedecía, en algunos, al deseo noble de ayudar a la "pobre Alemania" de Weimar; en otros, al temor de una Francia omnipotente en Europa. Estaba, pues, formada esa germanofilia tanto por un sentimiento filantrópico y humanitario, como por el viejo egoismo inglés que se esfuerza en debilitar en cada momento la potencia continental más fuerte. Churchill permaneció insensible a estas preocupaciones. Cuando las masas inglesas se dejaron ganar por la mística del desarme, Winston Churchill exclamaba: "Afortunadamente quedó en pie el ejército francés!". Se refería, naturalmente, al ejército francés defensor de las fronteras inglesas, que Baldwin, con igual clarividencia, situó en el Rin.

* * *

Por delito de francofilia estuvo alejado Churchill del Poder, pasar de ser uno de los hombres más brillantes del Reino Unido. Sus adversarios opinan a su imperialismo, que podríamos llamar romántico, el imperialismo de corto alcance de Neville Chamberlain. Aquél está formado por ese aliento novelesco, heróico, religioso, aventurero que ha llevado a los ingleses a plantar su bandera en las cinco partes del mundo; este otro imperialismo, el de Chamberlain, por el espíritu egoista y comercial que hizo la fortuna de su ferretería de Birmingham. Así como la formidable fuerza de la Armada inglesa cuyos marinos están educados en las más severas disciplinas del honor, tiene su origen lejano en una arraigada empresa de piratería, el gran negocio que es en el mundo el Imperio británico — la sociedad comercial más importante que haya podido existir — nunca está creado con heroismo, abnegación y desinterés por unos ingleses dotados de las más nobles virtudes humanas. Chamberlain cuida los intereses del Imperio como un contable correcto y puntual, que no quiere arriesgarse en aventuras: Churchill lo defiende como un caballero andante, dispuesto siempre a empuñar la lanza. Chamberlain desciende de burgueses dedicados honorablemente al comercio; Churchill, del duque de Marlborough, el Mambrú de nuestro romance que "se fué a la guerra".

* * *

Dotado de un gran talento de polemista, orador apasionado, periodista impetuoso, Churchill se lanzó intrépidamente al combate verbal contra Hitler, sus hombres y sus doctrinas, mientras Chamberlain preparaba el mal negocio de Munich. A Churchill se debe en gran parte la viraje reciente de la política británica a la solidaridad franco-inglesa. Un movimiento de opinión lo empujaba, recientemente, de nuevo hacia el poder. Por un momento Chamberlain pareció dispuesto a ceder un puesto en su gobierno. Pero, por lo visto, todavía no ha llegado la hora de Churchill.

El descendiente de Marlborough no pierde el tiempo esperándola. Ha visto realizado su ideal político; ha vivido —como en el año 16, cuando vino a batirse al lado de los fusileros escoceses— unos días de camaradería con el ejército que él llama "franco-británico". Churchill, hombre exigente y de una cruda sinceridad, ha declarado, después de su visita a la línea Maginot, que la defensa de Francia —es decir, de las fronteras inglesas— está organizada en condiciones de seguridad impresionantes. Los acontecimientos internacionales adelantarán, sin duda, en el reloj británico —o franco-británico— la hora de Winston Churchill.

A.P.C.E.
SIG.:
1.2d/1017.